

que habia muchas horas que les estaban esperando, si les hablaban una palabra, ó les daban la mano para que humildes se la besasen. Muchas cosas les dixe, las quales ellos oian no con poca desesperacion y sentimiento: y para decirte la verdad, yo tuve alguno, porque ví juzgar á Minos mas de dos causas por favor y aficion propia, cosa que me espantó notablemente, porque siendo acusado por el Filósofo Dion, Dionisio Siracusano, de maldades notables, y de innumerables excesos, y ya condenado por declaracion y sentencia de los Stoicos en la tierra, y determinado en el infierno que le atasen á la Quimera, adonde penase para siempre; porque interpuso su autoridad Aristipo Cireneo, mandó el juez que fuese absuelto de tal pena, alegando por su parte, que en tiempos pasados habia sustentado en el estudio á muchos mancebos nobles y necesitados, en quienes luce el hacer bien al doble: porque ayudar al pobre noble, es mas grandeza.

Al fin partiendo de allí, nos fuimos á la deputation de los suplicios, adonde en diferentes y penosos tormentos castigaban á los malos: lugar horrible y espantoso: el golpear de los azotes, los tristes gemidos de los atormentados alternaban lastimosamente los fuegos que ardian, los yelos que abrasaban: la diversidad de penas aturdiran nuestros oidos, y suspendieran el juicio mas asentado y quieto: las ruedas, los tormentos, las prisiones y cadenas, la desesperacion, los tristes llantos; cómo podrá contarse facilmente? El can Cerbero despedazaba las almas, la Quimera las atormentaba y afligia; y finalmente todas penaban en

di-

diferentes tormentos: así los cautivos como los Reyes, los ricos como los pobres, los Príncipes como los plebeyos, y á todos les pesaba de los males en la vida cometidos y de los pecados hechos: á muchos conocimos que habia muy poco que eran muertos, y de vergüenza procuraban esconderse de nosotros, huyendo nuestra presencia, y si miraban lo hacian tan tristemente, tan avergonzados y corridos que no osaban levantar los ojos. ¿Cómo dirás que estaban los que habian sido soberbios en esta vida, los presumidos, los estimados y que querian mandarlo todo? centros eran de la mayor miseria y desventura, que imaginarse puede. Á los pobres se les perdonaban la mitad de los tormentos; mas como nunca tenian fin, volvian á padecer de nuevo: allí vimos quanto cuentan los poetas: quién lo tiene por mentira; y sin duda lo vieron de la manera que lo vimos, yo y mi compañero. Allí estaba Éxion, Tántalo, Frigio y Ticio el engendrado de la tierra, tan espantable y tan grande, que ocupaba todo un campo. Pasando mas adelante, llegamos á los campos Acherusios, adonde estaban los héroes y mediodioses, y con ellos mucha cantidad de muertos destribuidos por orden, unos rancios de viejos, como dice Homero, ya desvanecidos y desechos, y otros jóvenes y robustos; valgame Dios! qué habia de Egypcios atormentados gravemente por la delicia y aseó con que aderezaban las viandas, pagando en el infierno aquella gula insaciable, con hambre eterna, casi imposible era diferenciar á los unos de los otros distintamente, porque como eran cadáveres de huesos eran todos semejantes. Á fé que nos costó harto cuidado conocer algunos, porque era menester

QQ 2

lla-

llamarlos por sus nombres: estaban todos amontonados, oscuros, tristes y abatidos, sin semejanza alguna de la antigua forma con que habían vivido. Estando, pues, muchos hombres de huesos, muchos esqueletos delante de nosotros con una vista espantable, que echaban por las concavidades de los ojos, mostrando desiertos los huesos de las encías; yo, y no con poco miedo, me puse á considerar, cómo podría diferenciar á Tersites del hermoso Nereo, á Iro el pobre méndigo del Rey de los Feacos, y al Rey Agamenon de Pirria el cocinero; porque todos eran huesos unos á otros semejantes, sin mas particularidades ni mas señas por donde ser conocidos. Mirando cosas como estas, juzgaba yo á la vida humana como una larga y adornada procesion, gobernada por el arbitrio y voluntad de un Superior que acomoda á los que van en ella, con diversos hábitos y insignias, dándoles los oficios como quiere: á unos hace Reyes y los adorna con grandezas Reales, grande á compañamiento, famoso aplauso, ricas coronas y preciosos cetros: á otros hace hermosos, á otros feos, á quién poderoso y rico, á quién abatido y pobre, á este necio, la mayor desdicha, al otro discreto, la mayor felicidad y ventura, á qual venturoso y al otro desdichado, dividiendo sabiamente las ciudades y puestos: porque es forzosa la variedad y diferencia para hermohear este espectáculo: así se empieza la procesion de la vida, padeciendo diversas mutaciones los que la hacen ántes de acabarla, porque no todas veces el que hace al rico, lo es siempre, ni el pobre dexa de ser rico, sino que truecan los vestidos y viene el Rey á ser cautivo y

el

el sujeto quando ménos piensa, se halla libre; porque en las fiestas de la vida no hay cosa estable ni de dura. ¿Quién vio á Cresos entrar en esta procesion con ropas Reales, y ántes de mucho tiempo vestirse los vestidos de un esclavo, y á Menandro que iba átras entre los siervos y plebeyos, le hace el Gobernador de la fiesta pasar adelante, y le pone los vestidos de Polycrates y le da su estado y Reyno? Con esta desigualdad y mudanza pasa por la puerta de todos la procesion de la vida, hasta que acabada con la muerte, adonde viene á rematarse, evanido tanto aparato, deshecha tanta pompa, y desnudos de los vestidos, unos y otros se vuelven, los cuerpos tierra, sin haber diferencia alguna, porque la muerte los iguala. Tan de huesos queda el Rey como el vasallo, el Señor como el siervo, y el rico como el pobre; y es lo bueno, que hay muchos necios, que dándoles prestado para la procesion buenos vestidos, quando se los vuelve á pedir el dueño y se ha acabado la fiesta, se enfadan y entristecen grandemente, sin acordarse que aquellas galas no eran suyas, y que aquellos bienes de que gozaron en la vida, eran prestados por un tiempo limitado y breve. ¿No has visto acaso representar alguna fábula, á que la oportunidad de los sucesos se mudan figuras y vestidos, tal vez representa la persona de Creon, el mismo que hizo la de Agamenon y Priamo, y el que imita la grandeza de Cecropes, ó Ericteo, de allí á poco sale al teatro hecho siervo, por solo que lo dispuso así el poeta? mas quando se acaba la comedia, y unos y otros se desnudan las ropas de oro, dexando la galas prestadas y las figuras fingidas, quedan todos en el primer

mer estado humilde y pobre, sin que el que fué Agamenon, sea de la sangre de Atreo, ni Clereon, hijo de Meneceo, sino Pobo, hijo de Clarideo Sunniense, ó Satiro, hijo de Teogiton Maratonio, hombres viles, y que ganan su vida con aquellas representaciones. Así amigo, pasa la fábula de la vida entre los mortales, así desaparecen estas felicidades de la tierra, tan estimadas y pretendidas de los que representan sus figuras llenas de desvelos al adquirirlas, y de dolores al perderlas. Esto me parecia á mí certísimo, quando miraba en el infierno aquellos huesos iguales á aquellos cuerpos revueltos, sin que se les conociese calidad ó preeminencia alguna. *Fil.* Dime por tu fé Menipo ¿ estos que en la tierra tienen magníficos sepulcros, levantados con milagrosa arquitectura sobre columnas ricas, con títulos soberbios y grandiosos, armas y empresas, son allá en los infiernos tenidos por eso en mayor veneracion y estima, ó andan entre las almas de los plebeyos y vulgares? *Men.* Vanidades son esas, Filonides, que no pasan de los umbrales de la muerte: si vieras á Mauseolo, aquel Príncipe de Caria tan celebrado en el mundo por su famoso entierro, cuyas pirámides bellas, grandiosa pesadumbre fué emulacion de la soberbia humana, y mereció su grandeza ser una de las maravillas de la tierra, te moviera á risa verle como está el cuitado arrojado en un rincon oscuro y lobrego, revuelta entre la canalla de los muertos, lleno de lágrimas y penas, que eternamente le hacen compañía en la cueva tenebrosa, adonde tiene su estancia: no llega allá ni la memoria de esas fábricas: vanidades tan excusadas no pasan de

la

la vida, solas las obras son las que acompañan á los que mueren, y con ellas grangean premios ó tormentos, penas ó descanso, conforme los valores que tuvieron. Sabes de lo que pienso yo que les sirven esas grandezas á los muertos, no de otra cosa sino de estar cargados y oprimidos con tanto peso, sirviéndoles de pena y de trabajo: porque has de saber, amigo, que alla hay tanta igualdad en los asientos, que á ninguno le es lícito salir del que les señala Eaco, que aun á los mas favorecidos (si entre tantas penas hay algunos) no les da mas distancia que un pie estrecho, y allí ha de acomodarse para penar forzosamente. Mas, de lo que rieras mucho fuera de ver á nuestros Reyes griegos, á nuestros Satrapas y Grandes, al lustre de la República, al lucimiento de las ciudades y al gobierno de los pueblos, como andan en el infierno, unos pidiendo y mendigando, otros llorando y gimiendo y todos abatidos, desnudos, perseguidos y desechados; bien así como esclavos viles, pagando con perpetuas penas y desprecios las soberbias y injusticias que hicieron en la vida. Quando yo vi á Filipo, Rey de Macedonia, no pude tener la risa, porque me le enseñaron sentado en un rincon sucio y desnudo, remendando zapatos viejos á vilísimo precio: andaban desnudos Xerxes, Dario y Policrates, pidiendo limosna á todos, como si en aquel Reyno se hallase quien la diese, sino que su desesperacion y penas los traian locos y sin juicio. *Fil.* Cosas notables me cuentas, y cierto muchas de ellas increíbles, y esas de los Reyes y Príncipes me han admirado en extremo; pero dime, así vivas, ¿ viste acaso en el infier-

no

no á Sócrates? ¿conociste á Diógenes, y á otros algunos de los sábios, que dexaron fama con sus obras? *Men.* Si he de decirte verdad, allí ví á Sócrates tan grave y soberbio, que me enfadó algun tanto, porque andaba reprehendiendo á todos, acompañado de Nestor, Ulises y Palamedes, y de otros muertos eloqüentes y de buena lengua; por mas señas, que tenia muy hinchadas las piernas, despues que bebió el veneno, señal que le hizo mucho daño. Diógenes estaba con Sardanapalo Asirio, y con el Frigio Midas, y con otros de aquestos soberbios ricos y presuntuosos, de los cuales quando los oia lamentarse con la memoria de la felicidad pasada, y de la grandeza de la fortuna que tuvieron, siendo vivos, rie y se huelga de haber estimado en nada bienes que faltan tan á prisa; y echado de espaldas la mayor parte del tiempo, canta sin deseos de riquezas y sin cuidado de dignidades, alternando con voz enfadosa y triste las continuas lamentaciones de los otros, pasando así sus penas y dolores; y dásele tan grande á todos los que le escuchan, que por no poderlo sufrir, estaban quando yo llegue determinados muchos de ellos á mudar rancho y dexar su compañía. *Fil.* Á fé que me das pena con esos trágicos sucesos: no cuentes mas de esas cosas, que los tormentos sin remedio aun el oirlos causan desesperacion notable: y ahora que me acuerdo, gustaré que me digas el decreto que poco ha que decias, que se habia librado en el infierno contra los ricos y avarientos, contra los poderosos é ingratos. *Men.* Qué bien hiciste en acordármelo; porque ya se me habia ido de la memoria habiendo determina-

do

do desde el principio de contártele. Has de saber, que estando como te he dicho, los gobernadores desdichados de aquella dolorosa y lóbrega República, juntaron á muchos vasallos suyos para la proposicion y acuerdo de las consultas generales, y de los casos comunes. Juntábase pueblo innumerable en el concilio, y deseosos de ver lo que se determinaba, mi compañero y yo entramos entre aquella muchedumbre: gravísimos negocios se trataron y decidieron, constituyéronse penas para todos los delitos, y tormentos para todos los pecados: á los adulteros, viciosos, bebedores, juradores, avarientos, ladrones, homicidas, lisonjeros, amantes y murmuradores, y para otros mil géneros de vicios; destinóse castigo para los oficiales, plebeyos, pobres y nobles, y al fin para toda calidad y todo estado, y últimamente se trató de los ricos, contra los cuales habian puesto feísimas acusaciones, la soberbia, la locura, el temor, la avaricia, la venganza, la violencia, el ódio, la mentira, la vanagloria, la falsedad, el engaño, la cólera, la desesperacion, el desvelo, los cuidados, el aparato y la injurias; delitos que los ricos cometen de ordinario. Causó á los jueces admiracion su mala correspondencia; porque es tal un poderoso soberbio, que hasta el infierno se espanta de los muchos pecados en que cae, y de los delitos que comete: y haciendo contra los tales el decreto siguiente, le leyo á toda la junta uno de los mas graves oficiales de ella.

Y porque habida bastante informacion (decia la ley, habiendo relatado ántes los pecados de los ricos) nos consta, que son muy grandes los agravios y males que los ricos hacen en la vida robando, deshonorando y haciendo fuerza, y menospreciando por todas vias á los pobres; ha parecido á

RR

es-

esta Corte y á todos los jueces de ella, que despues de muertos sus cuerpos padezcan eternas y rigurosas penas, comprehendiéndoles las leyes que hablan del castigo de los mayores malhechores, y que sus almas vueltas otra vez á la vida se metan en los asnos y en ellos vivan doscientos y cincuenta mil años cada una, andando siempre de unos asnos en otros, trabajando en servicio de los pobres, y sirviendo á los necesitados, y ellos los podrán castigar como quisieren, dándolos muchos golpes y muy escasa comida, sin dexarlos descansar dia ninguno; y que pasado el dicho tiempo puedan salir las tales animas de la vida y vayan al infierno para siempre, adonde penarán conforme pecaron. Pasó esta sentencia ante Calvario, hijo de Aridello, de la nacion Manicense, de la tribu Stigiana, y la pronunció y publicó por mandado del tribunal de Minos.

Aprobaron esta determinacion los Príncipes, aclamóla el pueblo, bramó Proserpina y ladró el can Cerbero, y con estas diligencias y solemnidades quedó irrevocable para siempre, porque de esta manera se hacen eternas y auténticas las sentencias que en el infierno se determinan. Despidióse el concilio, despues de haberse asentado grandes cosas que callo por no cansarte, y por decirte que desde allí me fui á buscar á Tirisias, causa principal de mi jornada: hallele y dándole cuenta de las cosas en que dudaba, le supliqué me dixese, cuál era el mejor y mas seguro género de vida en el mundo, para seguir el que por bueno aprobase y no andar á tiento entre diversas opiniones. Era Tirisias un vejezuelo pequeño, ciego, descolorido y melancólico, y de una voz muy delicada y tierna: rióse de mi pregunta, y dióme á ella esta respuesta.

Biuo

Bien veo hijo, que la causa de tu perplexidad y duda nace de las contradiciones, que defienden los sábios de la tierra, amparando su opinion diversa cada uno en una misma cosa; y siendo así que esos presuntuosos y soberbios, esos hinchados y arrogantes son los mas ignorantes y necios de la tierra, no te es lícito decirlo, porque Radamanto con graves penas lo ha vedado: ni tan poco me atreveré yo á lo que tu me pides, porque forzosamente los he de contradecir; y esto Menipo, no es seguro, por lo que cuesta vencer una opinion, aunque pelee contra ella el buen zelo y la verdad. Pedíale yo con encarecimiento, que me descubriese este secreto, prometiendo que nunca me acordaria de él para decirle: porque sólo le procuraba para no andar errado por el mundo, sin saber lo que tengo de seguir, ni lo que tengo de dexar. Defendiáse Tirisias á mis importunas instancias, hasta que vencióndole mi deseo, y obligándole mi intencion, me asió de la mano, y apartándose conmigo léjos de los otros muertos, me dixo al oido de esta suerte: la mejor, la mas prudente, la mas larga y la mas feliz vida de todos es la de los hombres idiotas y ignorantes, y que agenos de ambiciones, de soberbias y cuidados viven privadamente para sí solos, y contentos con su fortuna, ni saben envidiar, ni tienen que les envidien; por lo qual te aviso, que si quieres vivir con quietud y descanso, te procures apartar de la especulacion de cosas altas y sublimes; que dexes de inquirir curiosamente los principios y fines de las cosas, aborreciendo astutos silogismos, curiosidades vanas, pensamientos presumidos, inútiles disputas, y cuidadosos desvelos, buscando en la vida solamente la eleccion de un estado

RR 2

quie-

quieto bien ordenado, adonde sin curiosidades y fatigas, sin envidias ni temores vivas alegre tan sin ofensa propia, tan sin envidia agena, que juzgues la muerte quando llegare, por un sueño agradable, y por paso de una quietud á otra, no por tormento y pena como la tienen los malos.

Esto me respondió Tirisias, á la duda que me animó á jornada tan increíble, y volviéndose con los otros al campo de los gamones, dió bastante conocimiento á mis ignorancias. Parecióle á mi compañero tarde, y dixóme que era razon que nos tornasémos al mundo, ántes que nos prendiesen por vagamundos y tasadores de vidas ajenas en el infierno, adonde no vimos pocos por delito tan infame. Dábame pena el no saber el camino, porque para salir de aquellas confusiones pocos le han acertado: y llevándome el mágico á una region muy mas tenebrosa y horrible que la primera, me enseñó una luz tan amortiguada y tan pequeña, que cuidadosamente pude divisarla: yo me congoxaba por hallar camino, porque temia quedarme por mí amigo en el infierno, como por los suyos se han quedado muchos, y así buscaba la escasa claridad atentamente: parecia que salia de algun resquicio ó saetera, tan avarienta se mostraba. Dixóme el mágico, que aquel era el templo de Trofonio, y que por aquella cueva descendian de Beocia á los infiernos: llegamos ámbos á la entrada, y allí despedidos uno de otro, diciéndome él que subiendo por allí con mucha facilidad me hallaría en Grecia, empecé á gatear por las estrechas entradas de la gruta hasta que llegué á Levadía, alegre de verme fuera de las penas y oscuridades del infierno.

FIN.



